**TALLER / COACHING:**

**COMPRENSION LECTORA, AVALUO Y ESCRITURA DE TEXTOS EXPOSITIVOS**

**COMPENDIO DE LECTURAS**

|  |  |
| --- | --- |
| Lecturas | Pág. |
| 1. Discurso ofrecido por Malala Yousafzai el 12 de julio del 2013 en la ONU…….
 | 2 |
| 1. El Batu………………………………………………………………………………………………………….
 | 6 |
| 1. Memorias del Alzheimer (Mayra Santos Febres)………………………………………………………
 | 7 |
| 1. Ser una negra pública (Mayra Santos Febres)……………………………………………….
 | 11 |
| 1. La vida es juego (Ariel Dorfman)……………………………………………………………………
 | 13 |
| 1. Los superpetroleros (Bonnie Meyer)…………………………………………………………….
 | 16 |
| 1. Medicina Taina (René Marquez)………………………………………………………………….
 | 17 |
| 1. Sonia Sotomayor…………………………………………………………………………………………..
 | 19 |
| 1. Caballos sin patas (Cedar Garcia)…………………………………………………………………..
 | 23 |

**Discurso ofrecido por Malala Yousafzai el 12 de julio del 2013 en la ONU**

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso.

Honorable Secretario General, Sr. Ban Ki-moon,

Respetado Presidente de la Asamblea General, Vuk Jeremic

El enviado de la ONU para el Honorable Mundial de la Educación Sr. Gordon Brown,

Respetados mayores y queridos hermanos y hermanas;

Hoy en día, es un honor para mí estar hablando otra vez después de mucho tiempo. Estar aquí con gente tan honorable es un gran momento en mi vida.

No sé por dónde empezar mi discurso. No sé lo que la gente se esperaba que dijera. Pero antes que nada, gracias a Dios por quien todos somos iguales y gracias a cada persona que ha orado por mi rápida recuperación y una nueva vida. No puedo creer cuánto  amor me ha mostrado la gente. He recibido miles de tarjetas de buenos deseos  y regalos de todo el mundo. ¡Gracias a todos ellos. Gracias a los niños cuyas palabras inocentes me animaron. Gracias a mis mayores cuyas oraciones me fortalecieron.

Me gustaría dar las gracias a mis enfermeras, médicos y todo el personal de los hospitales de Pakistán y el Reino Unido y el Gobierno de los Emiratos Árabes Unidos, que me han ayudado a ser mejor y recuperar mi fuerza. Apoyo plenamente el Sr. Ban Ki-moon, Secretario General de la Global Education First Initiative y el trabajo del enviado especial de la ONU Sr. Gordon Brown. Y les doy las gracias tanto por el liderazgo que siguen dando. Ellos siguen inspirando a todos a la acción.

Queridos hermanos y hermanas, recuerden una cosa. El día de Malala no es mi día. Hoy es el día de cada mujer, cada niño y cada niña que han levantado su voz por sus derechos. Hay cientos de activistas de derechos humanos y de trabajadores sociales, que no sólo están hablando de los derechos humanos, están luchando para alcanzar sus metas de la educación, la paz y la igualdad. Miles de personas han sido asesinadas por los terroristas y millones han resultado heridos. Yo sólo soy uno de ellos.

Así que aquí estoy ... una niña de entre muchos. Hablo - no por mí, sino por todos los niños y niñas.

Yo levanto mi voz - no lo que yo puedo gritar, sino para que los sin voz puedan ser oídos:

Aquellos que han luchado por sus derechos:

Su derecho a vivir en paz.

Su derecho a ser tratado con dignidad.

Su derecho a la igualdad de oportunidades.

Su derecho a la educación.

Queridos amigos, el 9 de octubre de 2012, un Talibán me disparó un tiro en el lado izquierdo de mi frente. Ellos también dispararon a mis amigos. Ellos pensaron que las balas nos harían callar. Pero ellos fallaron. Y después de aquel silencio vino, miles de voces. Los terroristas pensaron que ellos cambiarían nuestros objetivos y pararían nuestras ambiciones, pero nada ha cambiado en mi vida excepto esto: la debilidad, el miedo y la falta de esperanza murieron, la fuerza, el poder y el coraje nacieron. Yo soy la misma Malala. Mis ambiciones son las mismas. Mis esperanzas son las mismas. Mis sueños son los mismos.

Queridos hermanos  y hermanas, no estoy contra nadie. Tampoco debo aquí para hablar en términos de venganza personal contra los  talibanes o cualquier otro grupo de terroristas. Debo aquí hablar encima de todo por el derecho a la  educación de cada niño. Quiero la educación para los hijos y las hijas de todos los extremistas sobre todo el Talibán.

Ni siquiera odio al talibán que me disparó. Incluso si tuviera un arma en la mano y se pusiera delante de mí. Yo no le dispararía. Esta es la compasión que he aprendido de Mahoma -el profeta de la misericordia, Jesucristo y Buda. Este es el legado de los cambios que he heredado de Martin Luther King, Nelson Mandela y Muhammad Ali Jinnah. Esta es la filosofía de la no violencia que he aprendido de Gandhi, Bacha Khan y la Madre Teresa. Y este es el perdón que he aprendido de mi madre y mi padre. Esto es lo que mi alma me dice, ser pacífica y amar a cada uno.

Queridos hermanos y hermanas, nos damos cuenta de la importancia de la luz cuando vemos la oscuridad. Nos damos cuenta de la importancia de nuestra voz cuando estamos silenciados. De la misma manera, cuando estábamos en Swat, al norte de Pakistán, nos dimos cuenta de la importancia de las plumas y libros cuando vimos las armas.

El sabio refrán : "La pluma es más poderosa que la espada" es verdad. Los extremistas tienen miedo de los libros y los bolígrafos. El poder de la educación les da miedo. Tienen miedo de las mujeres. El poder de la voz de las mujeres les da miedo. Y es por eso que mataron a 14 estudiantes de medicina inocentes en el reciente ataque en Quetta. Y es por eso que mataron a muchas maestras y a los trabajadores contra la poliomielitis en Khyber Pukhtoon Khwa y FATA. Es por eso que están arruinando las escuelas todos los días. Debido a que ellos tuvieron y  tienen miedo al cambio, miedo a la igualdad que vamos a traer en nuestra sociedad.

Recuerdo que había un chico en la escuela que fue preguntado por un periodista, "¿Por qué los talibanes están contra la educación?" Respondió simplemente señalando a su libro: "Un talibán no sabe lo que está escrito en el interior de este libro." Ellos piensan que Dios es un diminuto ser, conservador que  envía a las niñas al infierno sólo por ir a la escuela. Los terroristas están haciendo mal uso del nombre del Islam y la sociedad pastún para sus propios beneficios personales. Pakistán es un país pacífico democrático. Los pastunes quieren educación para sus hijas e hijos. Y el Islam es una religión de paz, humanidad y hermandad. El Islam dice que no sólo es el derecho de cada niño a recibir educación, sino que es su deber y responsabilidad.

Honorable Secretario General, la paz es necesaria para la educación. En muchas partes del mundo, especialmente en Pakistán y Afganistán, el terrorismo, las guerras y los conflictos no permiten que los niños vayan a sus escuelas. Estamos muy cansados de estas guerras. Las mujeres y los niños están sufriendo en muchas partes del mundo de muchas maneras. En la India, los niños inocentes y pobres son víctimas de la explotación infantil. Muchas escuelas han sido destruidas en Nigeria. Las personas en Afganistán se han visto afectados por los obstáculos del extremismo durante décadas. Las niñas tienen que hacer el trabajo infantil doméstico y se ven obligadas a casarse a edad temprana. La pobreza, la ignorancia, la injusticia, el racismo y la privación de derechos básicos son los principales problemas que enfrentan los hombres y mujeres.

Queridos compañeros, hoy me estoy centrando en los derechos de la mujer y educación de las niñas, ya que son los más sufren. Hubo un tiempo en que las mujeres activistas sociales pidieron a los hombres defender sus derechos. Pero, esta vez, lo haremos por nosotras mismas. No digo a los hombres que caminen lejos de hablar de los derechos de la mujer más bien me estoy centrando en las mujeres a ser independientes para luchar por sí mismas.

Queridos hermanos y hermanas, ahora es el momento de hablar.

Así que hoy, apelamos los líderes mundiales para que cambien sus políticas estratégicas en favor de la paz y la prosperidad.

Hacemos un llamamiento a los líderes mundiales a que todos los tratados de paz deban proteger a las mujeres y los derechos de los niños. Un acuerdo que va en contra de la dignidad de la mujer y sus derechos es inaceptable.

Hacemos un llamamiento a todos los gobiernos a garantizar la educación gratuita y obligatoria para todos los niños en todo el mundo.

Hacemos un llamamiento a todos los gobiernos para luchar contra el terrorismo y la violencia, proteger a los niños contra la brutalidad y el daño.

Hacemos un llamamiento a las naciones desarrolladas a apoyar la extensión de oportunidades educativas para muchachas en el mundo en desarrollo.

Apelamos a todas las comunidades a ser tolerantes - a rechazar el prejuicio basado en la casta , el credo, la secta, la religión o el género. Asegurar la libertad y la igualdad para las mujeres de modo que ellas puedan prosperar. No podemos tener éxito cuando la mitad de nosotros no pueden.

Hacemos un llamado a nuestros hermanos de todo el mundo para ser valiente - para abrazar la fuerza dentro de sí mismos y desarrollar todo su potencial.

Queridos hermanos y hermanas, queremos  escuelas y  educación para un futuro brillante para cada niño. Continuaremos nuestro camino a nuestro destino de paz y educación para todos. Nadie nos puede parar. Hablaremos de nuestros derechos y  traeremos el cambio a través de nuestra voz. Debemos creer en el poder y la fuerza de nuestras palabras. Nuestras palabras pueden cambiar el mundo.

Porque estamos todos juntos, unidos por la causa de la educación. Y si queremos lograr nuestro objetivo, es preciso promocionarnos a nosotros mismos con el arma del conocimiento y defendernos con unidad y solidaridad

Queridos hermanos y hermanas, no debemos olvidar que millones de personas sufren la pobreza, la injusticia y la ignorancia. No hay que olvidar que millones de niños están fuera de las escuelas. No debemos olvidar que nuestros hermanos y hermanas están a la espera de un futuro brillante pacífico.

Así que vamos a librar una lucha global contra el analfabetismo, la pobreza y el terrorismo y vamos a recoger los libros y lápices. Son nuestras armas más poderosas.

Un niño, un maestro, un bolígrafo y un libro puede cambiar el mundo.

La educación es la única solución. La educación primero.

**El batú**

  Aparte de la caza y de la pesca (actividades utilitarias para los antillanos, pero que tienen siempre en sí elementos deportivos de ejercicio, reglas, expectación y regocijo) y de la natación (deporte natural en un pueblo que siempre vivía junto a los ríos o junto al mar), los taínos habían inventado un deporte propio: el batú o juego de la pelota.

     Fabricaban la pelota de la resina del fruto del cupey, la cual, una vez extraída, ponían a hervir, añadiéndole fibras e hilachas de algodón para darle consistencia. Sacaban la mezcla gomosa del fuego y, antes de que se enfriara, tomaban porciones de la misma y la amasaban hasta darle forma esférica o redonda. Resultaba así una pelota maciza de alrededor de seis pulgadas de diámetro, la cual rebotaba como si fuese de goma o caucho.

     Los partidos de batú se celebraban en el batey. Era este una gran plazoleta frente a la casa del cacique o jefe, donde también se celebraban los areytos –ceremonias religiosas que tenían mucho de representación dramática colectiva– y las asambleas del pueblo. Regularmente se construía la plazoleta cerca del río para facilitar el baño después de un partido de pelota. De modo que el batey llenaba las funciones de plazoleta ceremonial, plaza de recreo y cancha de deportes. Tenía forma rectangular y sus límites estaban señalados por hileras de pilotes de piedra. El piso era de tierra muy bien nivelada y apisonada.

     En el partido de batú se enfrentaban dos bandos o equipos compuestos de hombres y mujeres. Cada grupo “servía” o lanzaba la pelota al contrario y este tenía que “contestarla” sin permitir que tocara el suelo. El equipo que por descuido o inhabilidad permitiese que la pelota cayera en tierra, perdía. Esto suena fácil y nos hace recordar el “volibol”, aunque sin red o malla, que en ese deporte moderno separa a ambos equipos.  Pero dejaremos de creer que el batú era fácil, cuando sepamos que estaba terminantemente prohibido tocar la pelota con las manos. Tanto para servir como para contestar la bola solo se podían usar la cabeza, los hombros y las caderas. Intente alguien hacerlo y verá que requiere técnica, largo entrenamiento y agilidad especial. Esto, precisamente, era lo que admiraban los españoles cuando observaban a los borikenses y a sus mujeres enfrascados en un reñido partido de batú.

***Memorias del Alzheimer***

* ***Mayra Santos-Febres***

a todos aquellos cuyas madres

ya no recuerdan quiénes son.

 Me ha tomado muchos años escribir este artículo. Siete. Durante esos siete años pensé que iba a morir. No porque estuviera particularmente enferma, ni desesperadamente interesada en terminar alguna desgracia propia. Pensé que iba a morir porque siempre dudé que en mí residía la fuerza suficiente para resistir el ser testigo involuntario de la lentísima y dolorosa muerte de mi madre.

 Mi madre murió de Alzheimer. Se llamaba Mariana Febres Falú. Fue maestra de escuela elemental durante más de treinta años. Trabajó como maestra enlace en el Distrito Río Piedras II y completó sus cursos de maestría en Estudios Hispánicos con notas sobresalientes. Estaba en el proceso de escribir una tesis acerca de la poesía de Marigloria Palma cuando algo empezó a andar mal, algo con su estado de ánimo, su capacidad de retener información e hilarla de manera lógica. Ni se nos ocurrió pensar que aquellas dificultades eran indicios de algo grave. Mi madre se estaba divorciando  y gestionando su retiro. Así que todos  (ella inclusive) concluimos de que se trataba de un asunto relacionado con el cambio de vida. Mi madre paró de escribir. Ya lo haría más tarde, durante su retiro.

 Sin embargo, al poco tiempo de retirarse, la cosa empezó a ponerse peor. Mi madre, aquella mujer valiente y dura  y fiestera, que a mí me parecía hecha del basalto más incorruptible, comenzó a tornarse asustadiza. Me llamaba a cualquier hora llorando; susurrando que alguien se había metido en la casa, que le habían robado la cartera, sentía ruidos en el patio. Mi madre nunca lloraba por pequeñeces. Así que yo soltaba lo que estaba haciendo. Con el corazón en el pecho me comía la carretera hasta llegar a casa para entonces encontrarla tranquila, viendo la televisión, saludándome como si mi visita fuera una sorpresa. No recordaba ni su llanto ni su voz quebrada en el teléfono. Así empezó la pesadilla. Algo serio le estaba pasando a mi madre. Mes tras mes la arrastré de oficina en oficina médica, de psiquiatra a neurólogo a internista a nutricionista a naturópata. Nadie me daba un diagnóstico exacto. Se murmuraba la palabra Alzheimer, pero yo no la quería oír. Así que seguía carreteando a mi madre de hospital en hospital, buscando a alguien que me dijera qué hacer con aquellos cambios súbitos de ánimo, con la boca que se le empezaba a trabar de oración en oración. Mi madre, una de las mujeres más articuladas que jamás han existido, estaba perdiendo su capacidad de expresarse. Decía tren en vez de zapato, dejaba las oraciones a mitad, como si el aire de su expresión se

le escapara por un invisible hueco en su cabeza, me agarraba la mano hasta para ir de cuarto en cuarto de la casa donde nos crio durante toda una vida.

 Una noche recibí una llamada alarmante. Mi madre había ido de compras con mi prima, salió un momentito al baño y no regresó más. Estaba perdida, en medio de la ciudad. Sola. Desorientada. La familia entera se tiró a la calle. Al cabo de 17 horas de búsqueda sin cuartel otra prima la halló, frente a una escuela, hablando incoherencias. La sospecha se cuajaba concreta. Mi madre tenía Alzheimer.

 La familia reaccionó de maneras diversas.  Algunos se hicieron de la vista larga. Otros me ofrecieron apoyo. Recibí alguna presión para que me mudara a su casa y me dedicara por entero a cuidar a mi mamá. Yo no quise. No quise y esa es la verdad. Ya mis nervios comenzaban a resentir las carreras a destiempo, la cantidad de atención que mi madre reclamaba, esos cambios de personalidad que me la convertían en una persona extraña, suspendida en algún lugar al cual yo no tenía acceso. Una vez que me quedé a dormir en su casa, para cuidarla. Me levantó en medio de la noche a gritos, ordenándome que saliera de allí, que quién era yo para estar durmiendo en la cama de su hija. Confundida y medio dormida aún, sacudí a mi mamá lo más fuerte que pude, la llamé, le supliqué y entonces ella reaccionó. Se disculpó, volvió a su cuarto y se quedó dormida como si no hubiera pasado nada. Yo, en cambio pasé media hora temblando, acurrucada entre las colchas como cuando era pequeña y oía a mi madre y mi padre gritarse recriminaciones en medio de la noche. No quise mudarme, tenía miedo. Sabía que mi vida entera se iba a convertir en la enfermedad de mi madre, que ella misma no hubiese querido que yo dejara de vivir por ella. Que yo no contaba ni con el conocimiento ni con la preparación ni con la objetividad emocional para bregar con aquello. Habían demasiados sentimientos chocando en mi cabeza y entre las paredes de aquella casa en que me crié. No podía volver. Pero, por otro lado, quedaba el profundo amor por aquella mujer que me dio la vida y mi responsabilidad como hija. Porque se supone, sobretodo en esta cultura nuestra, que en momentos de crisis, las hijas suelten todo, planes, sueños profesionales, relaciones personales, para acudir al socorro de la madre. De los hijos no se espera más que una ocasional visita. Pero yo era la mayor y la hembra y me tocaba inmolarme. Mi familia me lo pedía. Mi propia conciencia me lo pedía. Y yo vivía con el pecho desgarrado. Y enojada, enojadísima con mi madre por haberse enfermado.

 Ante mi incertidumbre, una de las tías- la menor- decidió que ella se haría cargo y la mudó para su casa. Duró un mes cuidándola. No resistió más. No había escapatoria. Me tocó buscar alternativas. Ponerle una enfermera era impensable. La nuestra no es una familia adinerada, ni mucho menos, así que nadie podía ofrecerme apoyo financiero. Me senté, calculadora en mano. Tasada al centavo, su pensión y mi salario juntos no daban para cubrir el pago de cuido en la casa, comida, hipoteca y los

gastos cotidianos del mes. Tratamos de hacer turnos para el cuido, pero la estrategia no daba resultados. Al principio mis tías más cercanas se ofrecieron a ayudarme. Pero después, el diario trajín de sus vidas les iba desgastando las fuerzas y la que quedaba con la carga entera de mi madre era yo. Y, que nadie se equivoque ni que piense que exagero, eran 24 horas de carga. Noches interminables oyendo a mi madre arrastrando sus sandalias por el pasillo de la casa, peleando con ella para que se acostase a dormir, para que se tomara sus pastillas, para que comiera, para que recordara que ya comió, para que no botara los exámenes de mis estudiantes al zafacón, para que me dejara preparar mis clases, para que me dejara escribir, para que no se le olvidara mi nombre, para que no se olvidara de quién era yo. Entonces, exhausta y desesperada, tomé una de las decisiones más duras que he tenido que tomar en toda mi vida- internar a mi madre en un hogar de cuido. Aún hoy, no sé a ciencia cierta si fue la decisión correcta.

Cuento esta historia lo más honestamente que puedo, revelando mis resentimientos, mis egoísmos y mi dolor, el inmenso inmenso amor que sentía y sentiré siempre por mi madre, por Mariana Febres Falú, la mejor mujer que he conocido. Nombro mi impotencia y mi vergüenza, esa horrenda sensación de que a una se le está escapando algún detalle, de que quizás otro presupuesto, otro médico, otro hogar, otra situación, otra sociedad (otra hija mejor que yo) hubiera logrado salvar la vida de ese ser querido. Confieso mi rabia con mi madre por haberse dejado enfermar, por  haberse dado tanto a los demás y tan poco a sí misma, que terminó pagando el precio más alto para llegar a ser considerada “una buena mujer.” Recuerdo la terrible ansiedad que me atacaba cuando alguien pedía permiso para verla o se ofrecía a cuidar lo que me quedaba de madre, aquella viejita niña perdida en murmullos, tan sola de sí y tan vulnerable, que yo quería proteger hasta del viento. Expreso el coraje ante los que venían a darme consejos o críticas de cómo debía cuidar a mi madre, para después explicarme que no la visitaban porque no resistían verla consumiéndose en su olvido. Y la terrible confusión,  el inmenso cansancio, la infinita culpa y la inaguantable duda de no estar haciendo todo, absolutamente todo lo necesario. Porque una no sabe qué hacer, no sabe cómo hacer; se muere del coraje de no saber a dónde ir, ni con quién contar, ni en dónde descansar del horrible peso de cargar con esa lentísima muerte. Cuento todo esto porque recién ahora me doy cuenta de que somos muchos los que hemos pasado por esta experiencia y muchos más los que la van a pasar. Y quizás mi historia pueda dar consuelo, explicar un poco a los ajenos el trance por el cual se pasa, delinear un poco el proceso, personalizándolo, ayudar a limar las asperezas que siempre surgen en momentos de tensión. Porque esta enfermedad saca a la superficie todas las grandezas y las mezquindades propias y las de los seres que rodean al enfermo y a veces convierte en guerra lo que debería ser apoyo y comprensión. En fin, cuento esta historia porque la sobreviví; porque después de todo sí encontré las fuerzas y el apoyo para poder estar allí, semana tras

semana, al lado de mi madre, cada uno de los siete años que tardó en morir. Porque a fuerza del cultivo de una sorpresiva espiritualidad, de incontables negociaciones con la familia, del apoyo de compañeros de trabajo y amigos, logré hacer mis paces con la enfermedad y con la muerte. Porque me di permiso para estar rabiosa y triste, para llorar en este mundo que cada día se esfuerza por parecerse más a un anuncio de cerveza. Porque no vencí la vergüenza de compartir la vulnerabilidad y el dolor. Solo así se sobrevive a la muerte lenta del Alzheimer. Solo así.

 Me tomó siete años escribir esto. No es una obra de arte, pero debe ser de lo más honesto que he escrito en mi vida. Pretendo con él atender a la gente que en variadas ocasiones me ha pedido que haga pública mi experiencia. Espero que sirva de algo. Siete años peleé con el nudo en la garganta. Pido comprensión y excusas por la tardanza.

**(julio, 2002)**

 **¿Ser una negra pública?**

* Mayra Santos-Febres

 La negritud es un tipo de “performance” que se valora de diferentes maneras en la sociedad.  Algunas valoraciones son positivas, muchas negativas. Pero cuando se junta el performance de “la negritud” con otros tipos de “representaciones” sociales la cosa se complica hasta el delirio. Muchos “performeros” (músicos, pintores, escritores, actores) negros tenemos que vivir en constante pugna con el espacio público, donde se dificulta el socialmente poder representar otra cosa que no sea la negritud.

Fuera de los músicos de salsa, de bomba o de rumba, los deportistas y cantantes de rigor, siempre asombra ver a tan pocos actores de teatro, bailarines, músicos clásicos y escritores de mi color. Los que hay se cuidan de hablar de raza en público. Algunos ni la nombran, como si con el silencio pudieran invisibilizar el color de su piel. Recuerdo haber buscado las palabras que callaban los representantes “públicos” de mi raza. Algunas de estas palabras (no muchas, debo afirmar) las encontré  en la literatura. Allí  logré dar con otras representaciones públicas, en tanto literarias, de la negritud, más allá de los personajes burlescos, tipo “black face”  que aún se pueden ver la televisión o la figura de la negra encarnadora de la tradición africana; esa mítica “reina africana” Tembandumba de la Quimbamba en que disfrazan a cualquier mujer negra que aparezca en púbico. A veces hasta nosotras mismas acogemos el disfraz, asustadas de no querer encarnar “la tradición africana” y que después nos tilden de acomplejadas o nos acusen de no ser “lo suficientemente negras.”

"No quiero convertirme en una negra profesional a través de mi literatura," me contestó una antigua maestra una vez que le pregunté por la ausencia del tema racial en su poesía. Me quedé pasmada con la respuesta, sin poder comprender la contestación que salía de su boca. Al principio, pensé que su posición era irresponsable para conmigo y con otros en busca de modelos y de definiciones. Que su silencio la hacía cómplice del racismo que se niega a discutir tema del discrimen de manera sistemática y sostenida.  Poco a poco fui captando otro mensaje. Convertirse en una “negra o negro profesional”  equivale a  otro tipo de “performance” social, el de aceptar que la “especialidad” de un negro se limita a la “experiencia” de su raza. Por lo tanto, no importa lo que haga (medicina, física nuclear, literatura, filosofía o pintura abstracta), su profesión, su valor social, su identidad suprema es ser negro. Esta identidad excluye y minimiza cualquier otra experiencia, logro, o rol social. Mi maestra me estaba señalando  la existencia de una trampa.

El racismo trabaja de muchas maneras.  Una de sus maneras más efectivas es el silencio. No nombrar el racismo, ni la negritud es borrarla del planeta, desestimar la presencia y contribuciones sociales de un grupo entero de seres humanos. Pero ese mismo silencio, usado por el mismo grupo de seres humanos que lo sufre, puede también servir para incluirse en esferas públicas más amplias que a la que constriñe la raza.  Es una estrategia de supervivencia y de superación.  Insistir en la diferencia es importante y necesario, pero también es importante insistir en la igualdad. Por lo tanto, una manera efectiva de pelear contra la marginación puede también ser el no nombrar la diferencia, pero trabajar por ocupar una presencia pública lo suficientemente valorada y visible como para que dicha presencia nombre y revalorice a la raza por sí misma.

Mi maestra tenía razón. Una vez un artista o “celebridad” negra empieza a hablar sobre “el asunto de la raza”, la sociedad presupone que es su tema de especialidad. ¿Cuántas veces, en conferencias y presentaciones, alguien del público me reconoce como escritora, tan sólo para después preguntarme si yo escribo "poesía negroide o afroantillana"?  ¿O  para cuestionarme por qué no todos los protagonistas de mis novelas son negros?  ¿Cuántas veces no he visto a otros artistas negros asediados por preguntas similares?

 ¿Entonces, qué podemos hacer cuando confrontamos estos dilemas?  No hablar de raza perpetúa el silencio y la marginación pública. Pero hablar “exclusiva y preponderante” del tema  puede contribuir a localizar a los negros públicos a un lugar identificable, clasificable, previamente neutralizado.  Esto puede también limitar el libre tránsito por la esfera pública y la experimientación formal y profesional.  Uno puede fácilmente convertirse en “token”, ese negro o negra que invitan a todas las actividades públicas para dar la ilusión de una total inclusión, igualdad y pluralismo. Quizás ya me haya convertido en ese token. Y quizás convertirse en “token”, en mero símbolo y “representación”  desprovista de todo contexto o complejidad humana sea tan inescapable para un negro público como el color de su piel. Pero quizás no. Quizás esa presencia en el espacio público sea también una presencia alimentadora del complejo tejido que forma una sociedad con sus discursos.  Quizás haya gente que verdaderamente esté interesada en oir lo que podemos decir acerca de la raza, pero también  acerca de la vida en general; personas que verdaderamente crean en el diálogo como vehículo de transformación y justicia social. Porque la única experiencia de un negro no es su negritud. La raza compone y completa una gama entera de experiencias, las del amor, la fe, los odios, los errores, los compromisos y las esperanzas que laten en el pecho. Estos sentimientos y experiencias son tan complejas y contradictorias, encontradas y escurridizas  como las de cualquier otro ser humano.

**“La vida es juego”** – publicado el 15 de abril de 1982 en *El País*

**Ariel Dorfman**

([Buenos Aires](http://es.wikipedia.org/wiki/Buenos_Aires), [1942](http://es.wikipedia.org/wiki/1942)) es un [escritor](http://es.wikipedia.org/wiki/Escritor) –poeta, dramaturgo, novelista y ensayista– y activista de los [derechos humanos](http://es.wikipedia.org/wiki/Derechos_humanos).

     Antes de salir a comprar algo en USA, lo primero que se consulta es si existe en la casa un cupón para ese producto.

     Porque los cupones dan derecho a un reembolso sobre ciertos productos, y proliferan. A veces los traen los diarios el domingo o el correo los otros días. O basta con comprar una vez para obtener una rebaja infinita y continua hacia delante: flotando asombrosamente adentro de la cera líquida, por ejemplo, o en el dorso de una pizza congelada, hay un vale para la próxima adquisición.

     Tales prácticas nada tienen de sorprendentes. El consumidor, sofocado por la abundancia casi obscena de productos, asediado por una promoción agobiadora, se sentirá tentado a probar a lo menos una vez aquel artículo que le ofrezca un mínimo de ahorro. Se llama, significativamente, un acto de redención (redemption) al procedimiento de recibir dinero por un cupón. El ropaje religioso con que se disfraza este intercambio no esconde, por cierto, su evidente raíz comercial, aunque yo sospecho que las razones de su uso pueden ser, además, psicológicas o culturales. En Europa tal sistema es desconocido, si bien la competencia mercantil es tan feroz como acá. ¿No se inscribirá más bien en una modalidad mental americana? Puesto que si en la España del Siglo de Oro, la vida era sueño, acá en USA la vida quisiera ser juego. La palabra mágica es fun, que viene de gracioso, que causa risa, pero que no es lo mismo y que no debe tener traducción siquiera al británico. *To have fun.* Entretenerse, vivir con alegría y burbujas, pasarlo bien. Es la meta de muchas vidas. Y el tema dominante, junto con el sexo subliminal y la familia unida subliminal de los aparatos publicitarios, como si tal marca de yogurt garantizara al consumidor su tránsito hacia el cielo de la diversión definitiva. *Have fun.* Porque hasta el trabajo se convierte en ocio. A menudo, cuando se ofrece empleo o determinados métodos de estudio o cursos educativos, se explica que tales actividades no son difíciles ni arduas, sino lúdicas, livianas, entretenidas. La vida es juego. En cada canal de televisión, un concurso electrónico en que las personas comunes y corrientes contestan preguntas que cualquiera sabe y que les permite ganar miles de dólares. En cada supermercado, en cada negocio, un juego diferente. En el *Safeway*, Bingo. Cada vez que uno desembolsa, un numerito con que hay que ir llenando un tablero hasta completar un hilera y obtener un premio. En el *Gran Union,* una tarjeta que tiene pronósticos sobre las carreras de caballos: si coinciden, grandes recompensas. Completar un puzzle en *MacDonalds* da derecho a una hamburguesa o –si se tiene suerte– a cien mil dólares. La vida es juego. Todo se infantiliza.

     Los cupones, entonces, se inscriben dentro de la existencia concebida como un concurso, y transforman el acto de comprar en una breve y alborozada competencia en que nunca se pierde, una caminata por un parque de entretenimientos en miniatura, con latas y envases, la ilusión de que se redistribuye el ingreso y se igualan compradores y vendedores.

     Hasta ayer, yo presumía que nuestro cupón “redimido” era devuelto por el supermercado a la fábrica para recuperar a la vez la suma que se le había entregado al cliente.

     Pero no es así. Ayer averigüé que no es así.

     Lo que se hace es otra cosa. Como cada día los cupones se intercambian por millones (hasta hay billeteras especiales para tales efectos: *couppons caddies*) como la variedad de productos es colosal, resultaría demasiado caro para los supermercados clasificar los kilos (¿las toneladas?) de cupones cotidianos. Tendría que pagar, a precio de oro, dos o tres  empleados en cada lugar solamente para esa tarea.

     El dilema se soluciona metiendo los multifacéticos cupones en inmensos sacos plásticos y mandándolos, por millones a… Haití. Ni más ni menos. Hacerlo en Haití cuesta un décimo de lo que costaría en USA, en vista de que su mano de obra se encuentra entre las más baratas del mundo. Y no sólo la mano de obra, el ojo de obra, el músculo de obra, todo lo que trabaja, mueve y trasuda. Los haitianos ponen orden en el múltiple contenido caótico de las atiborradas bolsas plásticas, juntando los vales que corresponden a cada producto en un montoncito, listos para ser enviados de vuelta a los distribuidores. Para eso, cada cupón lleva el dibujo reluciente del artículo en su faz, para que sea reconocible, reconocible en los gigantes negocios con aire acondicionado y música ambiental de North Carolina y reconocibles en las bodegas oscuras del Caribe.

     Hace un tiempo atrás se hablaba –y hoy no se habla, aunque se planifica–, se hablaba de exportar basura a los países subdesarrollados. De mandar los desechos. Después se supo que también se pensaba exportar material radiactivo. Lo que era otro modo de extremar una práctica que ya se lleva a cabo: los insecticidas prohibidos en USA se mandan a las naciones pobres, las mediadas de seguridad para reactores nucleares en el Tercer Mundo son muy inferiores a las que sirven  para las zonas industriales y opulentas, donde la vigilancia democrática exige responsabilidad. Lo que se exporta, entonces, es la contaminación atmosférica. Nosotros tenemos atmósfera, ellos tienen contaminación. Un negocio razonable. Ellos tienen reglamentos contra la contaminación que encarecen los productos pero que salvaguardan la salud, y nosotros tenemos gobiernos que contaminan con reglamentos draconianos a sus pueblos y que invitan a instalarse cualquier industria con tal que produzca divisas a corto plazo. Un negocio razonable.

     Así que sabíamos de estas cosas y anticipábamos otras. Pero jamás en la más perversa de las imaginaciones llegué a suponer que podría ser probable una situación como la del “Haití Connection”.

    Imaginemos la escena. Hombres y mujeres iletrados, desnutridos, sin atención médica, sin electricidad o agua potable en sus hogares, encasillando los cupones. Acá veinte centavos de dólar de descuento para *Chuch-Wagon*, imitación carne para sus perros, sus canes apreciarán la diferencia. Treinta y cinco centavos para *Frozen Brócoli* para su horno microwave. *Stay-Free-Pads*  para la mujer que quiere sentirse liberada del mal ancestral. Diez centavos de devolución sobre *Cereal Gerber*  para niños con un bebé rollizo, rebosante y por supuesto blanco, sonriendo desde el cupón. Clasificar esos cupones debe ser como un viaje en un televisor parpadeante, un paseo por vitrinas muertas, dormirse dentro de un aviso publicitario. Y despertar, y en la pared hay un afiche de otro bebé, *Baby* Doc Duvalier en la pared caliente y pegajosa de la realidad.

     Para los haitianos –y muchos de ellos se suben a botes, centenares de miles de invisibles haitianos se suben a botes para desembarcar en la tierra de los cupones adonde no se los recibe y adonde nadie los menciona–, la vida está lejos de ser un juego.

**Los superpetroleros**

     Un superpetrolero medio tiene una capacidad de carga de ½ millón de toneladas de petróleo; su tamaño es el de 5 campos de futbol; podría acomodarse fácilmente dentro de su espacio de carga un edificio de 100 pisos. El problema es que el naufragio de un superpetrolero lleva consigo el vertido de petróleo en el océano. Como consecuencia de ese vertido, la naturaleza sufre graves daños. En 1970, cerca de España, un superpetrolero sufrió una explosión y estalló en llamas. El fuego provocó un viento de fuerza huracanada que envolvió el petróleo dentro de una espesa niebla. Varios días después sobre las costas cercanas, se precipitó una lluvia negra producida por el petróleo vertido que destruyó la cosecha y la ganadería de los pueblos colindantes. En 1967 un petrolero, el Torrey Canyon se partió en dos frente a las costas de Inglaterra y el petróleo derramado ocasionó la muerte de 200,000 peces. El vertido de petróleo en los océanos destruye la vida de plantas microscópicas que proporcionan alimento al mar y producen el 70% del oxígeno necesario en el mundo.

     La mayoría de los naufragios se producen como consecuencia de la escasa potencia y de la limitada capacidad de maniobra del barco en situaciones de emergencia tales como tormentas. Los superpetroleros solo disponen de una caldera para producir energía y de una sola hélice para impulsarlos.

     El problema no se soluciona con paralizar el uso de los petroleros, ya que transportan más del 80% del petróleo que se consume en el mundo y no pueden ser sustituidos por otro medio de transporte. Hay que tener en cuenta otros factores como es la adquisición de un buen entrenamiento sobre cómo los oficiales de los superpetroleros deberían virar y maniobrar sus barcos; este entrenamiento debe ser adecuado como el que se proporciona por medio de un simulador de barco. Los superpetroleros deberían construirse con varias hélices y calderas extras que puedan aportar una mayor potencia para controlar y hacer retroceder el barco en situaciones de emergencia. La instalación de estaciones de control pueden ser útiles a los petroleros en los lugares donde se aproximan a las costas. Estas estaciones actuarían de forma semejante a las torres de control que se usan en los aeropuertos, es decir,  las estaciones de control podrían orientar y conducir a los petroleros en sus movimientos de aproximación a las costas y puertos.

Texto expositivo tomado de Bonnie Meyer (1985)

Medicina taína

 El bohíque, además de sacerdote o ministro religioso, era también médico o curandero. Su arte mezclaba lo experimental y racional con lo ceremonial y mágico, como es el caso entre curanderos actuales. Entre sus métodos, algunos son todavía válidos para la ciencia moderna. El valor de otros residía mayormente en la sugestión o la fe, como puede apreciarse a continuación:

1. Ayuno. (Tan eficaz hoy como ayer).
2. Baño de agua fría. (Sigue en uso. Hoy la ciencia acepta y practica la hidroterapia).
3. Masaje o “sobo”. (Sigue en uso. La medicina moderna llama a este método fisioterapia).
4. Purgantes. (Todavía en uso en ciertos y determinados casos).
5. Guarapos o infusiones de plantas medicinales. (Todavía en uso en la medicina casera).
6. Sahumerios. (Equivalentes quizás a métodos modernos de fumigación o desinfectación).
7. Sangrías. (Método utilizado en Europa hasta el siglo 19).
8. Oraciones. (Método de fe, siempre en uso).
9. “Pases” o pantomimas mágicas. (Relacionado, sin duda, al método de hipnosis o sugestión, aún en determinados casos).

     El baño era imprescindible. Los borikenses que gozaban de buena salud se bañaban tres o cuatro veces al día, de modo que al enfermarse es natural que exigiesen uno o más baños diarios. El baño era para ellos acto de purificación, además de rutina de limpieza corporal.

     Las plantas medicinales, efectivas para fiebres y dolencias estomacales y hepáticas, abundan en los bosques. Por ello, en muchos casos los indios no tenían siquiera que recurrir al bohíque, pues conocían ya cuáles plantas escoger y cómo usarlas. La tau-túa, por ejemplo, nunca faltaba en el pequeño jardín de la casa taína. Otras planteas medicinales usadas por los borikenses eran el guayacán, el saúco, la tuna, el bejuco, la masa, la curía y la jagua.

     El jugo de la jagua lo usaban también para bañarse las piernas y los pies cuando éstos se hinchaban o estaban adoloridos debido a una larga caminata. Posiblemente el alivio que sentían se debiera al efecto astringente de ese fruto.

     Si se desahuciaba o declaraba incurable a un enfermo, éste pedía que se le sacara de la casa y se le condujera al bosque. Allí se le llevaba alimento y agua hasta su muerte (o, como ocurre con tantos desahuciados, hasta su curación, en cuyo caso recogía la hamaca y regresaba al hogar). Semejante práctica, quizás de origen religioso, tenía efectos positivos, pues en caso de enfermedades contagiosas se alejaba al enfermo del yucayeke o pueblo, evitándose así una posible epidemia.

Si al morir el paciente se juzgaba que el bohíque había fallado en atender al enfermo como era debido, se autorizaba a los parientes del muerto a castigar al curandero. Aquellos conducían al bohíque al bosque más cercano y allí le propinaban soberana tunda de palos. Lo que no revela que la profesión de médico entre taínos no dejaba de tener sus riesgos.

*René Marqués*

**Sonia Sotomayor**

Por: Daniel Chávez

*"Sí creo que cada persona tiene igualdad de oportunidades de ser un juez bueno y acertado, sin importar sus antecedentes o experiencias de vida.” – Sonia Sotomayor*



Sonia Sotomayor es conocida por ser la primera Juez hispana nominada en la Corte Suprema de los Estados Unidos. Ella es reconocida como una candidata un poco controversial y franca, cuyas palabras a veces son malinterpretadas, pero a pesar de eso es distinguida por su larga trayectoria en el servicio judicial. En el 2009, se convirtió en la 111ª Juez, la primer Juez hispana, y la tercera mujer en servir en el Tribunal Supremo de Justicia de los EE.UU.

A través de su arduo trabajo y dedicación, Sotomayor se ha convertido en un modelo a seguir para todos aquellos hispanos que están intentando conseguir una educación y una buena carrera. Para Sotomayor, no fue nada fácil, pero ella hizo que triunfar fuera una necesidad, no una opción. Ella es la prueba viviente del sueño americano.

Sonia Sotomayor nació el 25 de junio de 1954, en el Bronx, Nueva York, en un proyecto de vivienda pública. Sus padres, Juan y Celina Sotomayor, son puertorriqueños que vinieron a Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial. Su padre fue un fabricante de herramientas y troqueles con educación de tercer grado y no hablaba inglés. Su madre estuvo en la Infantería Auxiliar de Mujeres durante la guerra y luego se convirtió en una enfermera. Ella crio a Sonia y a su hermano menor Juan, quien ahora es médico en Syracuse, Nueva York.

Sonia tuvo una niñez muy difícil, encarando varios obstáculos. Ella fue diagnosticada con diabetes juvenil (Tipo I) cuando tenía ocho años de edad. Luego, su padre falleció cuando ella tenía nueve años de edad y solo se quedó su madre para criarla junto con su hermano Juan. Sotomayor hablaba español hasta la muerte de su padre y volvió a la lectura por consolación. En una serie para niños, muy popular y de misterios, le llamó la atención el personaje de Nancy Drew, una detective, quien inspiraba mucho el amor a la lectura y el aprendizaje. Fue de estos libros que creció su interés en las leyes a pesar de que le decían que su diabetes le impediría seguir esa profesión. Sotomayor menciona que otro personaje ficticio fue quien la inspiró a su siguiente decisión.

"Yo noté que [el abogado defensor] Perry Mason estaba involucrado en muchos similares tipos de trabajos investigativos con los cuales yo me había fascinado cuando leía Nancy Drew, entonces decidí convertirme en abogada," Sotomayor le dijo a la Asociación Americana de Abogados en una publicación en el 2000. "Una vez que me enfoqué en hacerme abogada, nunca me desvié de esa meta."

Su mamá, Celina Sotomayor, la envió con su hermano a escuelas católicas privadas. Fue su madre quien, desde una corta edad, hizo que Sonia y Juan creyeran en el poder de la educación. Era su gran ética trabajadora y su valiente esfuerzo para combatir contra la diabetes juvenil que ayudó a Sotomayor sobresalir en la escuela. Ella fue la mejor estudiante de su clase en el Santísimo Sacramento y en Cardinal Spellman High School en Nueva York.

Luego fue a la Universidad de Princeton donde se graduó en 1976 con Summa cum laude y Phi Beta Kappa, además de ser la co-recipiente del premio M. Taylor Pyne, que es el honor más alto que Princeton otorga a sus estudiantes universitarios de licenciatura. Luego obtuvo su Juris Doctor de la Escuela de Leyes de Yale en 1979, donde fue editora de la Revista del Derecho de Yale y como jefe de redacción de los Estudios de Yale en la Segunda Orden Pública.

Uno de sus compañeros de la Escuela de Leyes de Yale, Robert Klonoff describió tenacidad intelectual de la Jueza Sotomayor diciendo, "Ella se defendía por sí misma y no se dejaba intimidar por nadie." [Washington Post, 5/7/09]

Sotomayor ha trabajado en casi cada nivel del sistema judicial durante un lapso de tres décadas. En 1979, recién salida de la Escuela de Leyes de Yale, Sotomayor se convirtió en un auxiliar de fiscal de distrito en Manhattan en 1979 donde trató muchos casos penales en un lapso de cinco años y pasó casi todos los días en la sala de justicia. Entró en la practica privada en 1984 y fue nombrada socio en 1988 en la empresa de Pavía y Harcourt.

Su servicio judicial comenzó en octubre de 1992 cuando el presidente George H.W. Bush la nombró al Tribunal de Distrito de EE.UU. para el Distrito Sur de Nueva York. De 1992-1998 presidió alrededor de 450 casos en los cuales se ganó una reputación como jurista "fuerte y valiente que no se deja intimidar por intereses poderosos ni que la separen de las normas de derecho."

El presidente William H. Clinton designó a la Jueza Sotomayor a la Corte de Apelaciones de EE.UU. para el Segundo Circuito en 1998. También estuvo como profesora adjunta en la Escuela de Leyes de NYU en 1998 y de conferencista en la Escuela de Leyes de Columbia en 1999.

Con todos sus logros y reconocimientos, Sotomayor ha sido altamente criticada y tuvo a la mayoría del Senado Republicano en contra de su nominación para Juez de la Corte Suprema. Estaba bajo observación cercana y fue atacada por críticos cuando reafirmó: "Experiencias personales y género tienen mucho que ver con las decisiones de los jueces." Ella también, en un momento dado, fue señalada como racista cuando hizo el siguiente comentario: "Yo esperaría que una acertada mujer latina, con la riqueza de sus experiencias, más a menudo llegaría a una mejor conclusión que un hombre blanco que no ha vivido esa vida."

Pero esa creencia que ha sostenido durante toda su vida es lo que le ha permitido llegar a donde está hoy en día. Ella siempre ha sido certera a su palabra y ha defendido lo que cree que es lo correcto. Mucha gente ha coincidido con ella: "Experiencias personales afectan lo que los jueces deciden ver," y no hay ningún problema con eso porque le permite una decisión justa.

La personalidad de Sotomayor no solo hizo que fuera querida y respetada en la sala de justicia sino por la gente a su alrededor también. Robin Kar, quien era un empleado de Sotomayor de 1998 a 1999, la describe como una "persona cariñosa, extraordinariamente generosa."

Kar reconoce que "Tiene una historia impresionante, pero también es simplemente una persona impresionante." Él también agregó que ella tiene la habilidad de conocer a toda la gente a su alrededor. "Ella era la jueza que, en la sala de justicia por ejemplo, conocía a todos los porteros, los trabajadores de la cafetería, y los conserjes – no solo conocía a los otros jueces y políticos. Ella realmente salía de su camino para conocer a todos y era muy querida por todos," lo cual verdaderamente demuestra la clase de persona que es Sotomayor.

La humildad de Sonia Sotomayor es otra de sus grandes características. Ella señala: "Estoy en los hombros de varias gentes, pero aun hay una persona extraordinaria que es mi inspiración de vida – esa persona es mi madre, Celina Sotomayor." Para nosotros, Sotomayor es un héroe sin igual, pero para Sonia, su madre es su verdadero héroe. Ella le enseñó esa mentalidad trabajadora y la guio hacia todo lo que ha logrado. Celina ahora vive en la Florida y todavía habla con ella todos los días.

En mayo 26 del 2009, el presidente Barack Obama nominó a Sonia Sotomayor a la Corte Suprema de EE.UU.. Después de juicios controversiales, Sotomayor se convirtió en la primer Juez hispana y tercer mujer en la Corte Suprema de los EE.UU. Por su trabajo arduo y su dedicación, ella ha logrado todo lo que puso en su mente. ¡Ella ha demostrado que con tal de que pongas tu mente en algo, si lo puedes hacer! Ella también es un modelo a seguir y un ejemplo estelar de que todo es posible. ¡Ella es una gran representación de la comunidad hispana y por eso es considerada como nuestra héroe!

**CABALLOS SIN PATAS**

     A muchos peces de arrecife les ponen nombres de animales terrestres. En Puerto Rico tenemos el pez gallo, el pez puerco, el cotorro, el piojo y el pez mariposa. Todos tienen algo –las aletas, los dientes o los colores– que le recordó a alguien el animal que les prestó su nombre. Para los tiburones usamos nombres de felinos, y así tenemos el tiburón gata, con bigotes, y el tiburón tigre, con manchas. Pero el pez más raro, el menos parecido a un pez, tiene el nombre de un animal al que tampoco se parece. No existe un pez mas alejado del estereotipo de pez que el caballito de mar. Mírelo y piense en qué tiene de pez o de caballo. Quizás, por el rostro alargado, pensaron que se parece a los caballos del tablero de ajedrez.

     Su asociación con los caballos no se reduce a su nombre común. Desde principios del mil ochocientos fueron catalogados por los estudios de los peces dentro del género *Hippocampus*; *hippos* es una palabra griega que significa caballo. En este género se agrupan alrededor de cien especies diferentes de “caballitos” que viven en los mares tropicales y templados alrededor del mundo.

     A diferencia de la mayoría de los peces, los caballitos de mar tienen su boca en forma de tubo, las hendiduras de las branquias son muy pequeñas, y nadan en posición vertical, con su aleta dorsal orientada hacia atrás. La cola de los caballos de mar no es como la aleta de la mayoría de los peces, sino como rabo de un mono, pero enrollada hacia el frente. La cola les sirve para agarrarse de objetos fijos en el fondo. Tampoco tienen escamas: su cuerpo está protegido por placas duras que le dan cierta rigidez y limitan sus movimientos. Se trata de un pez verdaderamente excepcional.

     Los caballitos de mar no son nadadores rápidos. Pueden maniobrar en espacios pequeños si no hay mucha corriente. Se presume que eviten los depredadores por su capacidad de camuflaje. Pueden cambiar de color para simular los colores que predominan en su ambiente. En algunas especies, salen de sus cuerpos protuberancias, similares a algas, que los hacen irreconocibles. Pero su mejor camuflaje es su forma, su silueta desviada de la de los peces. ¿Qué depredador de peces ingeriría una criatura con esa forma?

     Los caballitos pasan mucho tiempo en un punto. Para mantener su posición, enrollan su cola alrededor de un objeto anclado al fondo. La mayoría prefiere vivir entre algas marinas, donde además de refugio, encuentra comida. Su alimento principal son pequeños crustáceos. Los buscan con sus grandes ojos redondos y los succionan con su boca alargada, que funciona como una aspiradora.

     La forma en que se reproducen los caballitos de mar es, también, poco ortodoxa. Si usamos los estándares humanos, es difícil determinar si el caballito con testículos es macho o hembra. Existen diferencias en la apariencia de cada sexo. La hembra es generalmente más grande. El macho tiene, en la parte inferior del cuerpo, un saco que sirve para incubar los huevos. Al llegar a la edad adulta, exhibe su saco lleno de agua, anunciando su disposición a reproducirse. Cuando una hembra adulta se le acerca, el macho ejecuta una serie de movimientos rítmicos muy específicos para cada especie. Ese ritual es correspondido si efectivamente la hembra pertenece a su especie y está sexualmente madura. Giran, suben, se miran de cerca, bajan y pausan a intervalos definidos. Finalmente, el rito termina cuando se enredan por sus colas y la hembra transfiere sus huevos al saco del macho mientras éste los fertiliza. El vientre del macho se va hinchando según la hembra vacía en él todos sus huevitos. Transferida la carga de huevos, la hembra, más delgada y liviana, abandona a su compañero sexual.

     El interior del saco del macho se torna esponjoso. Los huevos se localizan en cavidades llenas de capilares que suplen a los embriones de oxígeno y alimento y remueven sus desechos. El saco se transforma en una estructura muy parecida a la placenta de los mamíferos. Esta imitación de placenta sigue su desarrollo  junto con el de los embriones. Cuando los embriones están grandes, rompen la cáscara de sus huevos, pero permanecen dentro del saco hasta terminar su desarrollo. Este desarrollo, desde el huevo hasta el pececito listo para salir al mar, puede tomar de uno a dos meses, dependiendo de la especie.

     Los caballitos machos pasan por “partos” difíciles. Los machos parturientos aceleran sus movimientos respiratorios y experimentan fuertes contracciones que van despegando las decenas de pececitos de las paredes del saco. El macho se contrae y se arrastra por el fondo, frota su vientre con su cola y contra objetos duros hasta que expulsa a sus hijos del saco. No todos salen inmediatamente; el parto puede durar varios días. Algunos caballitos de mar mueren cuando sus hijos no logran salir del saco. La descomposición de los caballitos retenidos produce gases que inflan al padre y lo elevan hasta la superficie, donde muere. Los recién nacidos nadan y se alimentan solos. A pocos minutos de nacidos, se retiran y abandonan a su padre. Si él los viera, poco después del parto, de seguro los devoraría.

     El caballito de mar macho necesitará alrededor de un año para recuperarse y volverse a aparear.  Llegado el momento, otra hembra le llenará el saco de huevos para continuar el ciclo.

     Los humanos hemos creado estereotipos sexuales que tratamos de trasladar a todas las demás especies. Con los caballitos de mar tenemos problemas con nuestros esquemas, por que para estos peces hay que ser muy machos para parir.  Si existieran grupos contra los derechos reproductivos de los caballitos, seguro los dirigirían las “yegüitas”.

                                                    *Cedar García*